

PASTORAL

L. 70

DEL

SOL-845

Excmo. y Rvmo. Sr. Arzobispo

SOBRE

LA VITALIDAD DIVINA DEL CRISTIANISMO



MONTEVIDEO

POGRAFIA URUGUAYA DE MARCOS MARTINEZ

CALLE BUENOS AIRES, ESQUINA MISIONES

1898

95

v

278.95. R
SOLV

FACULTAD DE TEOLOGIA DEL URUGUAY
MONS. MARIANO SOLER
BIBLIOTECA

8/200

NOS EL DR. D. MARIANO SOLER, POR
LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA
SEDE, ARZOBISPO DE MONTEVIDEO Y
METROPOLITANO DEL URUGUAY, ETC.,
ETC.

*Al Venerable Clero y amados fieles de
la Arquidiócesis de Montevideo y de
las Diócesis Sufraganeas del Salto y
de Melo, salud y paz en el Señor:*

*Ego sum vita: Yo soy la vida.
Palabras de Jesucristo.*

Después Salazar

El orbe católico conmemora en los clásicos días de la santa Cuaresma el acontecimiento mas grande de los siglos: la inmolación de Jesucristo en el ara de la cruz á impulsos del mas grande amor por los hombres. Renuévase en la memoria agradecida de la humanidad aquel drama sublime, la pasión y muerte de Jesús, que se verificó por la salud del mundo en el centro de la tierra y en la hora mas solemne de la historia, anunciada por los profetas y esperada por las gentes:

Y las almas que creen y que aman suben, en cada aniversario con la imaginación, á las cumbres santas del

30685

Calvario para contemplar allí en éxtasis de adoración cómo expira aquella víctima divina y santa que expía con su muerte los pecados de la humanidad prevaricadora, consuma la redención del género humano y prepara las vías de regeneración y vida para establecer el reinado de la justicia y de la civilización, restaurándolo todo: *instaurare omnia in Christo*.

Este acontecimiento, amados católicos, es el más extraordinario y trascendental para la humanidad y sería imperdonable no elevarse á su meditación profunda por todas las personas sensatas.

Y en verdad, los siglos han transcurrido en larga serie desde que se verificó en Jerusalem; y el tiempo, que todo lo borra, ha dejado subsistente el recuerdo de este gran suceso en la memoria inconstante de los hombres.

Cosa admirable: todo afecto termina al borde del sepulcro; pero el amor debido á este divino Ajusticiado ha crecido con su muerte y se agiganta cada día.

Durante su vida fué despreciado y perseguido; pero después de su muerte, un amor inextinguible despertó sobre su sepulcro; y la cruz en que consumó su martirio ha sido convertida en lábaro de triunfo; generaciones de hombres, mujeres y niños, apasionados por él hasta el delirio, lo hacen descender de su suplicio, cubren de besos sus lla-

gas y arrebatados por la más sincera gratitud, exclaman con el apóstol: «¿Quién será capaz de separarnos de su amor?»

Las revoluciones han cambiado muchas veces la faz del mundo; los imperios se han hundido unos tras otros en el abismo del tiempo; las generaciones se han renovado mil veces en el curso de diez y nueve siglos; enemigos poderosos se han conjurado para combatir su doctrina y hacer olvidar hasta su nombre. Y sin embargo, el recuerdo y el amor de Jesucristo vive y vivirá en el corazón de la humanidad, como esculpido con buril de fuego, y se superpone á todos los trastornos que engendran las edades y triunfa de todos los odios y persecuciones que suscitan sus enemigos ignorantes ó malignos. Todo se cambia, todo se transforma, todo se aniquila en el mundo: las ideas, las costumbres, las instituciones, los gobiernos. Solo una cosa queda en pie en medio de esta devastación y oleaje continuos: Jesucristo y su obra, la Iglesia católica.

Más ¿cómo se explica esta inmortalidad del amor y del recuerdo que ningún otro hombre ha conseguido? Es que Jesucristo era más que un hombre, era el Verbo encarnado, era Dios.

Y es en verdad, la única solución que explica las maravillas de su vida y de

su muerte. Si Jesucristo no fuese Dios, Hijo Unigénito del Padre eterno, hecho hombre por salvar al hombre, la historia seria un caos de oscuridades inexplicables y los acontecimientos que han cambiado la superficie de la tierra serían un misterio mas profundo que el de su divinidad.

Sí; que se medite y que se estudie con alguna seriedad este gran acontecimiento y sus resultados asi como sus antecedentes. Si el héroe de este drama único, no fuese mas que un impostor ¿cómo se explicaría que se creyese en él durante su vida y mas aun despues de su muerte ignominiosa y que se continué creyendo en la serie de los siglos sin que nadie pueda oponerse al triunfo de su imperio moral en el mundo? Y se ha creído en su divinidad con la intensidad mas viva de la fé, con el apasionamiento del amor mas profundo, con la generosidad mas heroica del alma; y no solamente han creído algunos hombres, sino el mundo entero y se ha creído hasta la pasión, hasta el sacrificio, hasta el martirio. Y lo que seria aun mas inexplicable: que, siendo esa creencia una impostura, haya regenerado á la humanidad, derribado el paganismo con todas sus ignominias, transformado las ideas, las leyes y las costumbres, creado el mundo cristiano, civilizado á los bárbaros, y que despues de diez y nueve

siglos tenga todavia el poder de formar los mas grandes caractéres, inspirar las virtudes mas heroicas, calmar las pasiones, enjugar las lágrimas, curar los mas inconsolables dolores. Ni seria menos inexplicable que Dios hubiese permitido el triunfo de una impostura; que un simple mortal se arrogase el título y consiguiese las adoraciones de la divinidad; que una mentira tuviese la virtud de regenerar al mundo y hacer brotar flores las mas puras en los corazones y que la humanidad se encontrase en la imposibilidad de distinguir la verdad del error, ya que en este supuesto el error habría sido benéfico y fecundo y sería una irradiación sublime de bondad y de belleza; de donde se deduciría una de estas dos cosas: ó Dios no existe, ó Jesucristo es Dios.

Y si no es Dios ¿quién sería ese ser extraordinario, que desde el seno de un pueblo oscuro ha puesto una mano soberana sobre el mundo? ¿Quién sería ese hombre «el más poderoso entre los perfectos y el mas perfecto entre los poderosos, que con su mano llagada levanta y hunde imperios y cambia el lecho del torrente de los siglos,» al decir del ilustre historiador Richter?

∴

Sí; es imposible dejar de ver á Dios en

la incomparable belleza de su alma, en las perfecciones nunca vistas de su vida, en las ternuras infinitas de su corazón, en la serenidad nunca alterada de su paz, en la magestad y dulzura de su mirada. La humanidad ha producido de vez en cuando seres extraordinarios; pero ninguno puede compararse con Jesucristo. El lo tiene todo en una medida única: todos los dones y todas las grandezas se han juntado en una perfección tan alta, que el que ha meditado la vida de Jesucristo es absolutamente incapaz de concebir algo mas grande. Es el hombre ideal, puro, bello, perfecto, completo; la flor mas hermosa y el fruto mas exquisito que haya producido el tronco de la humanidad.

Pero si su divinidad se trasparenta en su vida, más claramente se manifiesta en sus dolores y en su muerte.

¿Cuál es el corazón puramente humano que se entregue todo entero al sacrificio por los seres á quienes ama? Puesto que no hay acto tan grande de amor como el morir por el amado, Jesucristo ha ejecutado ese acto, y esa ha sido la suprema aspiración de su vida. La que él llamaba *su hora*, la que aguardaba con mas ansiedad, era aquella en que podria en el Calvario elevar sus dolores á la altura de su amor. Se concibe que un hombre se sacrifique por otra persona ó por esos pocos seres que

se encierran en el pequeño nido del hogar; pero ¿dónde está el hombre generoso que se inmole por todos los hombres, grandes, pobres, ricos, justos, pecadores, abandonados del mundo, sin excluir á una sola alma de la inmensidad de sus ternuras?

El dolor es la piedra de toque de la perfección moral, es la fragua donde se mide el temple de las almas; y ¿qué dolor faltó en su pasión y en su muerte? El habia previsto y anunciado sus padecimientos, y corre á ellos como á una fiesta. ¡Qué serenidad en medio de los mas horribles tormentos; ¡qué dominio tan completo de sí mismo en medio de las injurias que se le prodigan! ¡qué magestad en presencia de sus inicuos jueces! ¡qué calma tan sorprendente para oír las acusaciones falsas de sus enemigos! ¡qué caridad para con sus verdugos! ¡qué resignación para soportar la ingratitud de aquel pueblo á quien habia colmado de beneficios! Y en medio de tantos dolores ¡qué olvido tan absoluto de sí mismo, para no pensar sino en los demás!

Pendiente de la cruz y próximo á su agonía, excusa el crimen de sus verdugos, salva al ladron arrepentido y consuela á su madre, que gime al pié del patíbulo. ¡Qué dominio sobre la muerte, que ha aceptado voluntariamente según las profecias, para cargar con los

pecados del mundo! La inexorable guadaña, que corta de improviso las vidas humanas, no hiere la de Jesucristo sino cuando, estando ya consumado todo lo anunciado por los profetas, la llama para que ejecute su obra, como el señor á su siervo. Los hombres le dan muerte, y los seres insensibles hacen el duelo: el sol esconde su faz, un monton de tinieblas cubre la tierra y tórñase el claro día en lóbrega noche. ¿Qué muerte se ha asemejado á la suya? No es extraño que un filósofo incrédulo, sin mas luz que la de la razon, haya confesado que la muerte de Jesús es la muerte de un Dios.

Sí, Jesucristo es el Dios Redentor á quien ha adorado el mundo, á quien adoramos los cristianos y que será adorado hasta la consumación de los siglos, porque no existe otro nombre en quien y por quién podamos ser salvados.

Hé aquí porque es clásica en la iglesia católica la santa Cuaresma y la Santa Semana, consagradas al recuerdo de la pasión y muerte de Jesucristo; y hé aquí porque es el tiempo propicio para meditar los profundos misterios que nos recuerda.

Pero es necesario que consideremos mas á fondo la obra del Salvador, el cristianismo, en su vitalidad trascendental y divina.

II

El plan del cristianismo con todas sus armonías y relaciones profundas, no habria podido ser concebido nunca por una cabeza humana; pero admitiendo que hubiera podido serlo, no habria podido darlo á luz; si hubiera salido del cerebro de su autor, hubiera sido como la República de Platón, una simple teoría escrita en un papel. Mas Jesucristo ha realizado una obra imposible á la potencia humana y á la filosofía; ha sabido dar vida á su sistema de creencias, sosteniéndolo en pié, conservándole intacto en medio de interpretaciones diversas y á pesar de la potencia corrosiva y destructora del tiempo, lo ha dotado de verdaderos caracteres de vida, de manifestaciones religiosas que revelan la fé interior y ha conducido las voluntades á practicar libremente el sistema, y por solo la fuerza de la persuasión. Y en verdad, si Jesucristo ha sabido trazar á la libertad su camino y volver á la inteligencia la verdad, ha sabido tambien por la virtud de su sangre divina, derramada sobre la cruz, hacer descender la vida á los corazones y animarlos con una nueva fuerza; y por eso ha afirmado: *Yo soy el camino, la verdad y la vida*, lo que nadie ha podido afirmar porque ningun hombre podía serlo, si al mismo tiempo no era Dios.

Esa vida y esa fuerza será incalculable, porque ella resulta de los agentes más poderosos sobre la voluntad humana: la fé, la esperanza, la caridad, el ejemplo, y sobre todo la influencia, el atractivo de Dios, la gracia.

La fè sola, segun la palabra de Jesucristo, bastaria á trastornar la naturaleza, ¿qué maravilla no producirá cuando obra de concierto con todos los demas agentes? Pero estos agentes de un poder tan admirable, no están al alcance del hombre, Dios solo los tiene; el Hijo de Dios podia únicamente tenerlos á su disposición.

Hé aquí porqué aun cuando un genio, un angel si se quiere, hubiese traído la verdad á los hombres, no habria hecho nada por su regeneración; porque el espectáculo de la verdad no tendria sobre ellos, por si mismo, bastante poder para sacudir su indiferencia, ni para vencer las resistencias de su mala voluntad, segun el *video meliora, proboque, deteriora sequor*, de Ovidio: «A pesar de ver lo mejor y de aprobarlo, sin embargo hago lo peor»; ineficacia que se extiende tambien á las leyes, segun lo declaraba ya el gran Ciceron: «Es preciso conceder que las leyes humanas, ya mandando, ya prohibiendo no son bastantes para inclinar á los hombres á las buenas acciones, ni para apartarlos de las malas.»

Y como decia el filósofo Porfirio, «es un hecho, despues de haber estudiado todas las filosofias conocidas entre los griegos y los bárbaros; que en ninguna parte se encuentra un remedio universal para los males del alma».

El mas grande milagro del cristianismo es, pues, haber comunicado la vida al corazón humano; vida y fuerza que nacen desde luego de la fé.

Se sabe qué de prodigios puede obrar la fé puramente humana; ¡cuántos obstáculos ha hecho vencer; cuántos peligros ha hecho despreciar, y cuántas gloriosas empresas, reputadas como imposibles, han sido coronadas del más brillante suceso! Pues ¿cuánto más poderosa no será la fé divina?

San Pablo con un ardor atrayente, exalta en su epistola á los hebreos el valor sublime, la paciencia heróica que los Santos del antiguo Testamento habian sacado de las inspiraciones de su fé, las obras maravillosas que con su auxilio habian ejecutado; y Jesucristo nos asegura que teniendo fé, aunque no sea más que como un grano de mostaza, podremos transportar las montañas. Los apóstoles, asimismo, en el sentido de su debilidad, le dirigian esta súplica: «¡Señor, aumenta en nosotros la fé.»

En la convicción firme é inmutable reside el principio de la omnipotencia, y

los corazones que no están animados no concebirán ni ejecutarán nada grande ni generoso. Pero en las cosas morales ninguna convicción que no sea la de la fé cristiana, descansa sobre bases inmutables, como es la autoridad de Dios revelador, demostrada por hechos visibles al alcance de todos.

En efecto, la autoridad humana del testimonio, no es criterio de certidumbre en materias morales y científicas, porque es falible y puede equivocarse; pero la autoridad divina lo es, porque es infalible: así lo que Dios enseña tiene que ser verdad, reduciéndose todo á una cuestión de testimonio ó credibilidad, esto es, demostrar que en efecto Dios lo ha revelado. Pero á las concepciones mas brillantes de un filósofo y de toda la filosofía se les puede oponer la duda; pues no basta demostrar que Platón ú otro gran filósofo *lo ha dicho*, sinó que es necesario demostrar que lo que dice es verdad; mientras tratándose de la fé cristiana, seria insensatéz exigir la demostración de que es verdad lo que Dios ha dicho ó revelado, sinó que basta demostrar el hecho de la revelación.

Si Dios habla, aun cuando sea sobre cosas morales, religiosas y científicas, es un deber escucharle y creerle.

∴

Así obra el poder de fe inherente á la palabra de Jesucristo: «Mi Padre y Yo, ha dicho, no somos mas que uno: Yo soy Dios, yo soy la verdad.» Con todo no pide se le crea sobre su palabra, y da á este dogma, base de toda la fé que reclama, el carácter de certidumbre propio para hacerle admitir por el espíritu humano, esto es, la credibilidad racional fundada en el hecho de que es Dios quien enseña.

«Si yo no hago las obras de mi Padre, decia, no me creais; pero si las hago, aun cuando no querais creerme, creed á mis obras.» (S. Juan. cap. 10.) A los que tenían la dicha de oírle, los prodigios admirables incesantemente eran la prueba viva, la manifestación visible de su divinidad; y á aquellos que en lo sucesivo debían ser llamados al conocimiento de su doctrina, les estaban reservados testimonios eternamente visibles, en el cumplimiento de las profecías, en la narración de los milagros sancionada por la historia, por las consecuencias, por la sangre de los apóstoles, por la confesión de los judíos y de los paganos; en la propagación maravillosa del Evangelio; en la belleza divina, la necesidad y los saludables efectos de la moral que enseña.

Así es como la verdad de la revelación cristiana ha sido doblemente asentada para el presente y para el porvenir

sobre la certidumbre humana de la credibilidad: es un hecho palpable, que se comprueba siempre y que no se puede ya poner en duda, como la existencia de cualquier otro hecho histórico debidamente demostrado y susceptible de una continua inspección y verificación. A esta fé inferior, histórica, basada en el testimonio humano, en cuya materia es competente y legitimo, se añade como legítima deducción la fé superior y propiamente divina, es decir la creencia en Aquel, que por sus obras se ha mostrado superior á la humanidad y se ha declarado Dios; creencia que hace aceptar con ardor, sin sombra de duda, su palabra celestial, que no permite se vacile en confesarla, en practicarla, en todas circunstancias, á cualquiera costa, á pesar de las amenazas, de los tormentos y aun de la muerte.

El racionalismo hace la siguiente objecion asaz especiosa: el cristianismo no descansa sobre una certidumbre mas perfecta que la certidumbre filosófica; porque, lo mismo que la filosofia, propone sus pruebas á la razón, para que las examine y las discuta, y no se rinde sino hasta tanto que ella está convencida de su fuerza; de suerte que en definitiva, filosofia y religion revelada vienen á someterse á la razón humana y se apoyan igualmente sobre esta misma y única base.

Lo anteriormente expuesto debe hacer presentir fácilmente la respuesta. La razón es el medio común para llegar á la verdad natural y revelada; pero de distinta manera, puesto que para la primera es el criterio directo; para la segunda solo indirecto; esto es, para demostrar el hecho de la revelación, aunque no de las verdades reveladas cuyo fundamento es la razón divina, la autoridad del Dios revelador. Hé aquí en lo que consiste la diferencia de certidumbre que existe entre el cristianismo y la filosofia: el primero se establece por la razón en el orden de lo visible, es decir, sobre hechos siempre preexistentes y siempre comprobables, á lo menos históricamente, tales por ejemplo, como las tradiciones, las profecias, los milagros, la propagación, la belleza y los resultados de la doctrina. Estos hechos lo mismo que los fenómenos de la naturaleza, conducen á sus leyes, anuncian infaliblemente un revelador celestial, y la fé en este revelador celestial viene á ser la prueba irrefutable de los dogmas cristianos; no la razón, ni la filosofia que de ellos emana.

«La razón, ha dicho un ilustre publicista, conduce al hombre hasta una entera convicción de las pruebas históricas de la religion cristiana; despues que le entrega y le abandona á otra luz, no

contraria, pero sí del todo diferente é infinitamente superior.»

Tal es la naturaleza de la certidumbre cristiana: ella está asentada sobre una doble base; sobre la razon humana que prueba el hecho de la revelación, y sobre la razón divina á la que aquella nos conduce y que dá valor y autoridad divina á las verdades reveladas.

Todo al contrario, la filosofia no tiene mas criterio de certidumbre que la razón para toda clase de verdades, para las históricas y positivas, como para las científicas y morales; así que, si en las primeras puede alcanzar autoridad infalible, no sucede lo mismo en las segundas, y no estando ninguno obligado á obedecer lo que enseña, como ella misma lo confiesa, sus innumerables sistemas, sin cesar derribados, no engendran jamás fé infalible é inmutable. sinó que flotan sin constancia al viento de todas las opiniones, al capricho de todos los espíritus.

∴

No era todo, sin embargo, el haber hecho la doctrina cristiana digna de fé, era tambien necesario conservarla pura en toda la sucesión de los siglos, inspirar en ella el principio eterno de

vida que la preservase para siempre de la corrupción de que estaba amenazada descendiendo á la tierra. ¿Bastaba para esto promulgarla en el lenguaje fragil de los hombres y confiarla á la letra muerta de un libro? No. Si Jesucristo para expresar las verdades celestiales, se ha servido del lenguaje humano, tan pobre é imperfecto, es porqué era necesario para ser entendido de los hombres; si dejó confiar á la escritura su palabra sagrada, era á fin de recordarla mas facilmente á la memoria de todos. Pero él sabia que si su doctrina, envuelta en una vestidura terrestre, permanecia sola á merced de las débiles inteligencias humanas, muy pronto no quedaría de ella ni una sola máxima en pié, y quiso tambien acompañarla, guardarla y defenderla en la persona de sus apóstoles y sus sucesores. «Todo poder, les dijo, me ha sido dado en el cielo y en la tierra; así como mi Padre me ha enviado, yo os envio á vosotros: Id é instruid á todas las naciones; *Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos.* El Espiritu Santo, que yo os enviaré, *os hará conocer toda verdad.* Y tu, Pedro, cuando te hayas convertido, confirmarás en la fé á tus hermanos; porqué tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré yo mi Iglesia, y las

protestades del averno no prevalecerán contra ella».

Así pues, la Iglesia no es una reunión de hombres falibles; es Jesucristo mismo quien habla y quien enseña, es la verdad eternamente viva y visible: *qui vos audit, me audit*. La Iglesia es la madre única de la fé; ella sola durante toda la sucesión de los tiempos, tendrá el don de hacerla brillar en las almas hasta el sacrificio; fuera de ella no habrá mas que dudas, turbaciones, incertidumbres, divisiones, y por consiguiente, debilidad, corrupción y destrucción; porque allí donde la fé falta, vanamente buscareis energía, unión y una vigorosa resistencia á la incesante invasión del error y del mal, como sucede en el protestantismo.

III

Después de la Fé viene la Esperanza, hija de la Fé, y que hereda la poderosa influencia de aquella; porque como ella, imprime por su virtud una prodigiosa impulsión al corazón humano; como ella, para llegar á alcanzar la recompensa esperada, infunde el valor en los trabajos, en los sufrimientos y en los peligros.

Jesucristo no ha descuidado este enérgico estimulante de la voluntad;

él ha prometido á los que practicaren su doctrina los bienes de la vida presente y de la futura. «Si permaneciereis adheridos á mi palabra, dijo, la verdad os hará libres. No hay persona que habiendo dejado todo por mí, no haya recibido el céntuplo desde esta vida, y en el siglo futuro la vida eterna.»

A la promesa de las recompensas se reune tambien la amenaza de los castigos; y de estas dos esperanzas combinadas, forma una sola esperanza, que tiene al alma sin cesar despierta y no le permite permanecer indiferente, colocada así en la terrible alternativa de una sanción suprema de bendición ó de maldición eterna.

¿Quién podrá desconocer la saludable influencia que estas amenazas y estas promesas deben ejercer en las almas, convencidas de que salen de la boca de un Dios?

Terror y freno del malvado, las amenazas de una eternidad espantosa, son las furias vengativas que le persiguen con el aguijón de los remordimientos, emponzoñan el placer de sus acciones criminales y le guían al arrepentimiento. Alegría y apoyo del justo, las promesas le sostienen en el espinoso sendero de la virtud, le consuelan en el infortunio, dulcifican sus pasajeros dolores, y le hacen dichoso aun en me-

dio de las mas duras pruebas. «Sin duda, dice Chateaubriand, fué revelada por el cielo esta religión, que hace una virtud de la esperanza! Esta nodriza de los desgraciados, colocada cerca del hombre como una madre cerca de su hijo enfermo, le mece en sus brazos, le suspende á su pecho inagotable, y le alimenta con una leche que calma sus dolores. Ella vela á la cabecera de su lecho solitario y le adormece con sus mágicos cantos.»

Menos todavía que de la fè, la filosofía puede disponer de la esperanza. Si por medio de hábiles ratiocinios, al alcance de muy pocos, llega á imponer á los espíritus débiles alhagüenos sistemas ¿qué bienes bastante deseables puede prometerles? ¿con qué castigos bastante terribles puede amenazarlos?

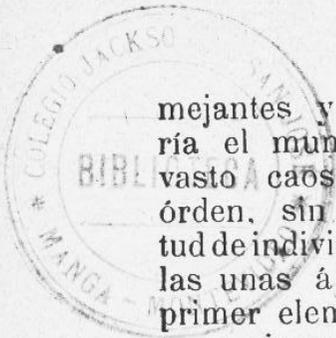
El presente no le pertenece y el porvenir está fuera de su poder. Ella lo ha comprendido así, y lejos de haber querido producir vanamente la esperanza, ha creído mas útil á sus fines arrancarla de los corazones; de manera que hasta el filósofo Rousseau le reprocha este crimen con la mas viva indignación: «Huid, dice, de los que bajo el pretexto de explicar la naturaleza, siembran en el corazón del hombre desconsoladoras doctrinas, trastornando, destruyendo, hollando todo lo

que los hombres respetan, quitan á los afligidos el último consuelo de su miseria, á los poderosos y á los ricos el único freno de sus pasiones: ellos arrancan del fondo de los corazones el remordimiento del crimen, la esperanza de la virtud; y se vanaglorian sin embargo, de ser los bienhechores del género humano » (Emilio).

∴

Estas tres cosas, dice el Apóstol S. Pablo, la fè, la esperanza y la caridad, moran sobre la tierra; pero de las tres la caridad es la mas excelente (1. Cor. 13). En efecto, la fè y la esperanza comunican á la voluntad un impulso que viene de lo exterior, en tanto que el amor, la caridad, es la vida del corazón.

Así como el Espíritu Santo, amor del Padre y del Hijo, completa la augusta Trinidad, hace el lazo de unión y corona todas sus obras santificándolas; el amor del mismo modo completa la trinidad del alma humana, y la eleva hasta la dignidad de imagen de Dios, dándole ese tacto exquisito, esa fibra delicada que siente en las otras, que hace vivir en su vida, gozar en su dicha, sufrir en su sufrimiento; que une, en fin deliciosamente al hombre con Dios, con sus se-



mejantes y consigo mismo. ¿Qué sería el mundo sin el amor, sinó un vasto caos donde se agitarían sin orden, sin enlace y sin dicha, multitud de individualidades, siempre extrañas las unas á las otras? La fuerza sola, primer elemento de los seres, es bruta y ciega; es la roca que se precipita desde lo alto de la montaña, destruyendolo todo á su paso; la fuerza unida á la inteligencia, forma el segundo grado de perfección, y realiza acciones ordenadas, pero desnudas de sentimiento; es la máquina que machaca con la misma precisión el grano de trigo y la cabeza humana; en fin, la fuerza maravillosamente combinada con la inteligencia y el amor, es la soberana perfección, es el hombre imagen de Dios, cuyo brazo se detiene ante la criatura sensible, cuyo corazón se compadece de los dolores de otro, cuya conciencia vé el mal y le odia, vé el bien y le ama y aspira á él con ardor.

El amor es pues, el principio del movimiento moral y el móvil esencial del corazón; por lo mismo nada es mas fuerte, nada mas impetuoso, nada mas atrayente que el amor. «El amor, dice la Escritura, es poderoso como la muerte y el celo del amor es inflexible como el infierno. (Can. de los Can. 8.)

«Hay alguna cosa grande en el amor,

dice la Imitación; es un bien mayor que todos los bienes. El que ama, corre, vuela, está contento, es libre y nada le detiene. Nada es pesado, nada es costoso para él; intenta mas de lo que puede y nunca pretexta imposibilidad.

Ninguna fatiga le cansa, ningún lazo le sujeta, ningún temor le turba. A causa de esto lo puede todo y realiza muchas cosas que fatigan y desfallecen vanamente al que no ama.»

Esta fuerza incalculable del amor, Jesucristo ha querido aplicarla tambien al servicio de su doctrina: «Yo he venido á traer el fuego sobre la tierra y mi mayor deseo es verla incendiada.» Todo el cristianismo descansa sobre el amor: Dios es el amor; el amor es el principio de la redención; la ley cristiana descansa sobre el amor; los discípulos de Cristo se reconocieron en el amor que tenían los unos á los otros, y la felicidad del cielo será la inefable unión de las almas en los goces puros de un amor eterno.

Pero mientras un móvil es mas poderoso, mas necesita estar regularizado; si está dirigido sobre una línea falsa, tal como un rio desbordado, lejos de llevar la vida en su camino, llevará el estrago y la desolacion. Así es como el amor humano le ha corrompido y desviado de su primer fin; ninguna pasión ha sido mas fecunda en crímenes y en do-

lores. Jesucristo no se ha contentado con reanimarlo en los corazones, sino que lo ha enderezado, lo ha vuelto á su senda y lo ha hecho convertirse en provecho del bien, depurándolo, dirigiéndolo hacia el cielo y trasportándolo de nuevo al Creador.

El amor cristiano es la caridad, amor de Dios sobre todas las cosas y amor de todo en Dios. Las mas vivas, las mas tiernas afecciones del corazon, se elevarán hácia el principio de la belleza suprema; allí se dilatarán y se purificarán de toda mancha, se espiritualizarán y volverán á la tierra castas, enérgicas, apasionadas, como una lluvia bienhechora y fecunda, como un bálsamo impregnado de la virtud divina.

Por todas partes la caridad vé á Dios; por eso es tan eficaz. Por Dios es por quien consuela al pobre, por quien vela á la cabecera del enfermo, por quien visita al prisionero, por quien lleva la fé y la civilizacion á las regiones bárbaras; por Dios es por quien acepta la carga del deber, soporta el peso de los sufrimientos mas crueles, ama hasta á los enemigos, hace violencia á los sentidos, corre á los tormentos y á la muerte; y en esta idea sublime, ella saca de sí misma un vigor sobrenatural, que excede á las fuerzas del amor humano con toda la distan-

cia que hay del cielo á la tierra; un vigor que nada rehusa, que nada le detiene, que se manifiesta por actos que el mundo no comprende, tanto son superiores á las frias concepciones de su miserable egoismo. El amor de Jesús, dice tambien la Imitación, es generoso, hace emprender grandes cosas, y excita siempre á lo que hay de más sublime y perfecto. Este amor aspira á elevarse y no se deja detener por ninguna mira terrestre; este amor quiere ser libre y desembarazado de toda afección mundana, á fin de que sus miradas penetren hasta Dios sin obstáculos y que no sea ni retardado por los bienes ni abatido por males del tiempo. El da todo para poseerlo todo; y posee todo en todas las cosas, porque arriba de todas las cosas descansa en el único ser soberano y eminentemente perfecto de quien todo bien emana y procede.»

Pero ninguno habló jamás como el grande Apostol de la caridad, de la que su corazón se sentía tan abrazado; ninguno trazó con mas acierto el cuadro admirable de las virtudes que ella encierra. «La caridad, dice, es paciente, es dulce y bienhechora; ella no es envidiosa, temeraria y precipitada; ella no se hincha de orgullo. Ella no es desdenosa, no busca sus propios intereses, ni piensa el mal, ni se regocija de la in-

justicia; pero sí se regocija de la verdad, tolera todo, sufre todo; las profecías se acabarán, las lenguas cesarán, la ciencia será abolida.... la caridad no acabará jamás!»

Y poseído de un ardiente entusiasmo, exclama: «Aun cuando yo hablara todas las lenguas de los hombres y aun la de los ángeles, si no tuviere caridad sería lo mismo que un bronce sonoro y un címbalo retumbante. Aun cuando tuviera el don de profecía y la inteligencia de todos los misterios, aun cuando poseyera todas las ciencias y tuviera toda la fe posible hasta trasportar con ella las montañas, si no tuviere la caridad, nada sería; y aun cuando distribuyera todos mis bienes para alimentar á los pobres y entregase mi cuerpo al martirio de fuego, sinó tuviere la caridad, todo esto no me serviría de nada.» (1. Cor. 13.)

Es necesario que la filosofía y la filantropía renuncien á producir jamás en las almas no solo la virtud, sino aun la idea de la virtud, que acaba de celebrar el Apóstol. Podrá, si se quiere, el racionalismo por medio de palabras elocuentes, de cuadros interesantes excitar emociones pasajeras, inflamar la hoguera de las pasiones, incitar á la fría filantropía; pero no encenderá nunca el fuego celestial de la caridad.

Difícilmente el hombre sensato se

deja ya seducir por el nombre de sistemas indecisos y exentos de fé, de doctrinas perpetuamente hostiles y divergentes con pretensiones de sustituirse á la mas divina de las virtudes cristianas, la caridad.

IV

Cuando se quiere inspirar una virtud, es necesario por lo menos, dar el ejemplo; y esto es lo que los filósofos no están siempre dispuestos á hacer. Disertarán tal vez admirablemente sobre el deber; pero á esto se limitarán comunmente sus esfuerzos y rara vez se les verá poner en obra sus máximas. Jesucristo por el contrario, antes que la doctrina hace pasar la práctica: *cœpit facere et docere*, y sus divinos ejemplos han venido á corroborar todas las virtudes que nos ha predicado. El mismo nos lo advierte: «Yo os he dado el ejemplo, dice, á fin de que obreis á vuestro turno lo mismo que yo.»

Desde el establo de Betlen hasta los tormentos del Gólgota, su vida ha sido la realización mas perfecta del Evangelio; así, despues de este libro divino, el libro mas bello que ha salido de manos de los hombres, es aquel en que Jesucristo se nos propone por modelo á nuestra imitación.

La misión del Hijo de Dios tenia un

doble objeto; borrar desde luego la mancha del pecado original y neutralizar en seguida los efectos del germen de corrupción que habia sido depositado en nuestra naturaleza. De estos dos resultados, el primero se ha obtenido infaliblemente por solo la efusion de su sangre preciosa sobre la cruz; el segundo no puede serlo sino por el concurso de nuestra voluntad unido á sus méritos y por el uso de los medios cuya eficacia nos ha revelado, es decir, el espíritu de sacrificio y de abnegación. Este remedio repugna sin duda á la naturaleza sensible y la hace retroceder llena de terror; él mismo lo ha experimentado cuando en el jardin de los Olivos exclamó en medio de sus angustias: «¡Padre mio, que se aparte de mi este caliz!» Entretanto era necesario que la humanidad bebiese este caliz; y por eso, resignándose á la voluntad de su Padre, lo apuró para darnos el ejemplo y animarnos.

Jesucristo ha renunciado completamente á si mismo para dedicarse á nuestra salvación: jamás se le vió ocuparse de su persona, ni buscar los honores, los placeres y las riquezas de este mundo; su alimento es cumplir los designios del Padre celestial: este es el objeto constante de su solicitud. El no omite ningun cuidado, fatiga, ni trabajo; y cuando, en fin, llega la ho-

ra de su terrible sacrificio, se deja clavar en la cruz como un cordero, y se resigna, sin quejarse, á todos los sufrimientos por la salvación del género humano.

¿Quién no se sentirá atraído hácia todo el que sufre, cuando se vé á Jesucristo tender una mano compasiva á todos los desgraciados, cuando se le oye llamarles sus hermanos y amigos, y proclamar que todo lo que se hace por ellos lo mira como si se hiciese á El mismo? Y ¿cómo los que la Providencia somete á las duras pruebas de la vida, se atreverán á murmurar, si se ponen á contemplar el suplicio de Aquel que, víctima voluntaria del pecado, sufre en silencio las ignominias y los dolores de la cruz?

Y ¡ con qué autoridad nos invita á seguirle y practicar su doctrina, cuando ha sido el modelo de todas las virtudes! ¿qué podrá detenernos y acobardarnos?

Cuando en lo mas fuerte de la pelea, el general se lanza á la cabeza de sus soldados, los mas cobardes recobran el valor, y se precipitan en su seguimiento al través del hierro y del fuego sin mirar á los peligros sinó solo en la gloria del triunfo: en el rudo combate de la vida, Jesucristo con la cruz sobre los hombros marcha al frente de nosotros; ¿podríamos quedarnos atrás? Por mas débiles y tímidos que seamos ¿podremos

retroceder y rehusar en seguirle en esa senda que nos señala? ¿No tendrá en nosotros ninguna fuerza, ningún poder su ejemplo?

V

Pero los medios de influencia cristiana sobre la voluntad humana no están agotados; el Hijo de Dios tiene todavía reservado un cordial divino, destinado á reanimar nuestras abatidas fuerzas y á revivir nuestro corazón desfallecido: este cordial divino es la gracia.

La gracia, al decir de los teólogos, es un don gratuito y sobrenatural que Dios nos hace para ponernos en relación con la felicidad eterna, esto es, con el fin para que fuimos criados.

El autor de la Imitación en un admirable capítulo expone esta hermosa idea: «La naturaleza, dice, se inclina hácia las criaturas, hácia las vanidades, hácia la carne; la gracia eleva á Dios, excita á la virtud, aparta de las criaturas, huye del mundo y odia los deseos carnales.» Así la naturaleza, tal como la ha hecho el pecado, no tiene bastante inclinación al deber; ella se siente por el contrario, vivamente inclinada al mal. Por eso los apóstoles cuando oyeron promulgar la moral evangélica, espantados de las dificultades que presentaba y desesperando poder superarlas, exclamaron llenos de

angustia: ¿Quién podrá salvarse? Pero su Maestro, siendo Dios, les respondió como Dios: «Si esto es imposible á los hombres, para Dios nada hay imposible.»

Todo el secreto de los milagrosos resultados del cristianismo reside en la intervención divina, prometida por esta palabra, y no en la perfección de la moral cristiana; porque aun esta perfección espantaba á los hombres que sabían bien que no debía permanecer como un estéril objeto de admiración para los siglos, sino como una regla eterna á la cual era necesario someter en adelante las inclinaciones más dulces y queridas del corazón.

En vano pues, habría Jesucristo venido al mundo, en vano habría depositado y conservado en él la más pura verdad, si su mano tutelar se retiraba y dejaba un instante de sostener nuestra debilidad, si su providencia no velaba constantemente sobre su obra.

A pesar de los destellos celestiales que ha derramado en nuestra inteligencia; á pesar del orgullo de nuestra razón, que nosotros creemos omnipotente, muy pronto volveríamos á caer en nuestras primeras tinieblas, que preferimos á la luz; porque cualquiera que hace el mal, aborrece la luz y no se acerca á ella por temor de que sus obras sean condenadas.» (S. Juan c. 4.)

No nos apresuremos mucho á decir á Jesucristo, como hace el racionalismo: «nosotros no tenemos ya necesidad de vos, somos bastante fuertes para marchar por sí solos; es tiempo ya de emancipar nuestro espíritu, de desembarazarlo de las trabas que le habeis impuesto.» No; Jesucristo preveía esta ingratitud nuestra, cuando estuviesemos en posesión de nuestros beneficios; y para prevenirla ha querido que no dejásemos de ser sus tributarios. El nos ha hecho esta categórica é importante advertencia: «Sin mí nada podéis hacer. Nadie puede venir á mí si Aquel que me envía no lo atrae. Nadie puede ir al Padre sino por mí.» Sus apóstoles están de tal modo penetrados de esta verdad, que S. Pablo nos enseña que nosotros no somos capaces por sí mismos de formar un solo pensamiento bueno; y atribuye todo lo que es y todo lo que hace á la gracia, porque la gracia es omnipotente. Es ella la que hará lo que el hombre tiene por imposible.

También el Apóstol oponiendo á la debilidad de la naturaleza el poder de la gracia, se ve precisado á exclamar: «Cuando yo me siento débil, es entonces cuando estoy fuerte; yo lo puedo todo en Aquel que me fortifica.» (2. Cor. c 12)

∴

Como no nos es necesario conocer la naturaleza interna de la gracia, nos contentaremos con indicar, cómo y por qué medios nos es comunicada y cuales son sus dichosos efectos.

Jesucristo por sus sufrimientos ha producido un tesoro infinito de méritos. Donde ha habido abundancia de pecado, ha habido superabundancia de gracia, á fin de que como el pecado habia reinado dando la muerte, del mismo modo la gracia reinase por la justicia, dando la vida eterna. Pero esta gracia que nos devuelve todos nuestros derechos al cielo, borrando el pecado original, debe todavía particularizarse en cada uno de nosotros, para prevenir los efectos del germen del mal que quedó por el pecado, para sostener nuestra voluntad en sus debilidades, levantarla en sus caídas, enderezarla en sus extravíos, de temor que por nuestra falta, por el mal uso de nuestra libertad, no perdamos el precio de nuestra redención; puesto que si la redención nos ha sido adquirida, es necesario para gozarla hacerse digno, aplicando los méritos de Jesucristo por la práctica del bien, y huyendo el mal, que nos haria de nuevo esclavos del pecado y enemigos de Dios.

Por donde quiera que se vea, se distinguen en el acto de la redención los dos elementos que acabamos de

indicar, es decir, el elemento divino, ó la expiación del pecado por Jesucristo, y el elemento humano, que consiste en la cooperación del hombre para apropiarse esta expiación.

La redención no ha destruido el libre albedrío, no ha degradado al hombre haciendo de él un autómeta, del que todos los actos estarían en adelante marcados con el sello de la necesidad y destituidos del carácter moral; nó: ella le ha conservado su dignidad de agente responsable, de un ser libre y señor de su suerte, pudiendo obedecer, según su elección, á las sugerencias del mal ó á las inspiraciones del bien. Esto es lo que hace necesario en la tierra el reino de Jesucristo; porque si los hombres, como lo demuestra demasiado la historia lamentable de su antigua depravación, si los hombres, decimos, estuviesen abandonados sin ningún sosten, á los solos recursos de su naturaleza, sucumbirían inevitablemente á la seducción del mal.

Es necesario por lo mismo que Jesucristo no deje de tenderle una mano compasiva, que sea su guía, su apoyo, su rey en todos momentos y por todo el resto de los siglos. Así, antes de volverse á su Padre, prometió no dejarnos huérfanos, sino permanecer con nosotros perpetuamente.

El ha mantenido su promesa; y aun-

que su presencia no se manifieste visiblemente á nuestros ojos, la sentiremos en esa atracción que debe ejercer en nuestra alma, haciéndose en ella sensible por la influencia de la gracia.

Esta influencia celestial inducirá nuestra voluntad al bien, neutralizando la concupiscencia del mal; y de esta suerte lejos de que la gracia disminuya la libertad, ella por el contrario, la aumentará restituyendo mas ó menos en el alma, según su grado, el equilibrio perfecto entre el bien y el mal, ó haciendo inclinar la balanza en favor del bien, que el alma, desembarazada entonces de las malas pasiones, deseará con todas sus fuerzas.

*
*.

Aunque la gracia sea un don puramente gratuito, aunque Dios pueda concederlo sin ningún mérito de nuestra parte, en este caso sin embargo, la intervención humana es mas frecuentemente exigida. Pero para que podamos ponernos en relación con ella, la gracia cuya esencia es invisible, tiene su signo visible, que por un beneficio milagroso la producirá representándola. Estos son los sacramentos, canales de la gracia divina, instituidos por Jesucristo.

En las circunstancias principales de la vida, cuando la necesidad de los au-

xilios del cielo se haga sentir mas vivamente, el hombre no hará mas que colocar el signo saludable y Dios le abrirá desde luego la abundancia de sus tesoros. Pero los signos de la gracia ó sacramentos, que son como los vinculos que ligan á todos los miembros de la familia humana con Jesucristo, su tronco, y le comunican la savia, son en número de siete y admirablemente dispuestos sobre el camino de la vida. Todos, se reconocerá facilmente, están en perfecta armonia con el objeto evangélico, tienden á atacar el principio verdadero de nuestra degradación, el gérmen corruptor nacido del pecado.

Apenas hemos abierto los ojos á la luz, cuando el agua santa del bautismo, corriendo sobre nuestras frentes, lava nuestra alma de la falta original, la adorna de inocencia y nos hace pasar de la familia del hombre viejo, á la familia del hombre nuevo, donde, si somos fieles á la gracia que nos ha sido inoculada, permaneceremos fijos para siempre.

Pero muy pronto con la edad se desarrollará el fermento impuro; si la razón crece, las pasiones crecen con ella; entonces la Iglesia por medio del sacramento de la confirmación, pide al Espíritu Santo dé fuerza al corazón del jóven cristiano, y le marca con el signo de la cruz, le unge con el oleo santo y en se-

guida le envía armado de este modo á sostener el gran combate de la vida.

Rudos asaltos esperan al soldado de Cristo, terribles golpes se descargarán á su inocencia; él recibirá acaso mortales heridas: todo ha sido previsto. El divino Médico, tan pronto como haya descubierto la llaga, arrancará el hierro y administrará el alimento y la bebida celestiales que arrojarán la muerte y renovarán la vida por medio de los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía.

Dos estados solamente fijan la existencia del hombre y le imponen deberes especiales de una nueva importancia; dos sacramentos le santificarán. El matrimonio, consagrado por la bendición santa, se revestirá á los ojos de los esposos de una dignidad religiosa que les mantendrá en guardia de sí mismos contra la profanación; y la gracia que recibirán en él les ayudará á soportar mutuamente sus defectos y á dedicarse á la dicha de su familia.

El orden, por la imposición de las manos, la unción santa, las oraciones y el contacto de los instrumentos del sacrificio, hará descender el poder de lo alto sobre el sacerdote y le alistará en ese divino ministerio destinado á velar en el consuelo de todos los dolores, en la salvación de todas las almas, y que debe perpetuar el espíritu

de Jesucristo en medio del mundo, á fin de contener los progresos de la corrupción, por la sal de la doctrina y de las virtudes evangélicas.

En fin, cuando llega para el cristiano el momento fatal en que, despojado de su cubierta terrestre, vá á ser llamado al tribunal del Juez soberanamente perfecto, un último sacramento, el de la estremaunción, ungiendo sus miembros con el oleo santo, le fortifica para el último combate y acaba de purificarle de las manchas que ha contraído en el pernicioso contacto de la carne.

Sin embargo, no es solamente en estas épocas principales de su vida en las que el hombre tiene necesidad del auxilio divino. Delante, detrás, á sus lados el peligro marcha sin cesar con él; la tentación le asedia; bajo cada uno de sus pasos encuentra un escándalo; el enemigo le persigue sin descanso; la lucha se empeña á cada momento. ¿Cómo hará frente á estos multiplicados ataques, si ninguno viene en su ayuda? Pero la oración le ha sido también concedida; que sus ojos se eleven hácia las montañas santas, que sus manos se extiendan hasta el cielo, que su voz suba á Dios como un grito de alarma, y este Padre eterno, conmovido de los peligros de su hijo, vendrá á socorrerle y animarle:

«En verdad, os digo, que todo lo que pidieréis á mi Padre en mi nombre con fé se os concederá.»

∴

Tales son los admirables lazos por los cuales Jesucristo ha ligado el cielo con la tierra; tal es el saludable comercio que ha establecido entre la divinidad y la humanidad. Revelándonos toda la grandeza y la misericordia de Dios, los sacramentos nos revelan á nosotros mismos nuestra propia grandeza y nos enseñan que el hombre no es solamente un miserable gusano, abandonado por algun tiempo en el fango del mundo, sino una criatura celeste alejada un momento de su patria eterna, que ella recobrará un día; pudiendo entretanto desde el fondo de su destierro enviar sus pensamientos, sus suspiros, sus votos, y recibir en cambio una lluvia abundante de bendiciones, de gracias y de consuelos.

Guardémonos pues, de ese loco orgullo que quisiera aislarnos de las comunicaciones divinas y desechar la protección del cielo, pretendiendo que, sin pedirle nada, el hombre puede bastarse á si mismo: esta ingrata independencia nos será funesta, porque ella nos conducirá directamente á la degradación y á la ruina.

No olvidemos que solo Dios es el principio de vida; que sólo de él la humanidad saca el ser y el movimiento, y que después de la caída no ha hecho más que debilitarse y deteriorarse hasta que la cruz la ha atado á su centro por el divino Mediador que la ha vivificado de nuevo, y lejos del cual, en adelante ella se secará y morirá como la rama separada del tronco: «Yo soy la cepa de la viña y vosotros sois los renuevos, dice Jesús; si no permanecéis adheridos á mi, no dareis fruto; os secareis como el sarmiento que se arroja fuera y que se amontona para echarlo al fuego.»

Hé aquí, pues, amados fieles, la vitalidad del cristianismo, no siendo posible fuera de él la vida santa y perfecta para la humanidad: «*Ego sum vita: Yo soy la vida.*»

El racionalismo ha pretendido desmentir esta palabra divina; pero vanamente; y en cuanto á sus pretensiones de poder bastarse con las enseñanzas y conquistas de la filosofía moderna, hé aquí la repuesta de un gran filósofo: «La filosofía moderna ha conmovido los fundamentos de todas las creencias religiosas. Imprudentemente arrancado el espíritu humano á las opiniones sobre que descansaba hacia tantos siglos, no sabe ya á que asirse ni en donde fijarse. La ausencia de la religión deja un vacío inmenso en los pen-

samientos y afecciones del hombre, y este, siempre extremado, los llena de los mas peligrosos fantasmas, en lugar de una cosa maravillosa, sabia y consoladora, adaptada á nuestras primeras necesidades... Ya es tiempo de que la verdadera filosofía vuelva á acercarse por su propio interés á una religión que es la única que puede dar un vuelo infinito y una regla segura á todos los movimientos del corazón y á la vida del hombre y de las sociedades.»

Por lo demás, ninguna época mas propicia para meditar acerca de los inmensos beneficios de la vida emanada de la cruz, como en estos días de la Santa Cuaresma, consagrados á la pasión y muerte del Redentor. Hacedlo así, amados fieles, y os penetrareis cada vez mas de la grandeza inefable de nuestra santa religión, patrimonio santo de los pueblos civilizados y prenda única de salvación.

Dada en Montevideo, el día dos del mes de Febrero, del año del Señor mil ochocientos noventa y ocho, fiesta de la Purificación de la Sma. Virgen.

† MARIANO

Arzobispo de Montevideo.

INDULTO Y MANDATO

La época sagrada de la *Cuaresma*, que la Iglesia destina para rememorar los sublimes misterios de la Pasión de N. S. Jesucristo por la redención del género humano, es al mismo tiempo época saludable de penitencia y mortificación, especialmente por medio de la observancia del santo ayuno y de la abstinencia; práctica y precepto establecidos por la Iglesia, inspirándose en el ejemplo del Salvador y en la tradición apostólica.

En cuanto al acostumbrado indulto recordamos:

I. Que en esta República por legítima costumbre, los fieles están dispensados de la abstinencia de carne en los ayunos de la Santa Cuaresma y del año, con excepción del *miércoles de ceniza*, *todos los viernes de Cuaresma*, *los cuatro últimos días de Semana Santa*, *las vigiliias de Pentecostés*, *de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo*, *de la Asunción de María y de la Natividad del Señor*, en los cuales no es permitido el uso de carne a los fieles que hayan llegado al uso de razón.

II. En los viernes del año, que no son de ayuno, está permitido el uso de carnes y puede promiscuarse, tomando car-

ne y pescado en la misma comida, en virtud de legítima costumbre.

Se previene, sin embargo, que en los Domingos de Cuaresma, aunque no hay ayuno, no se puede promiscuar.

III. También por legítima costumbre, en todos los días de abstinencia y ayuno se permite el uso de huevos y lactinios en la única comida, y el condimento con grasa en lugar de aceite, aún en la colación.

IV. Igualmente declaramos que las personas que están obligadas al precepto del ayuno pueden hacer la colación con pescado ó legumbres.

V. Interrogada la Sagrada Congregación sobre la licitud de comer carne y quebrantar el ayuno el Sábado Santo después del repique de gloria, nos respondió: *non sunt inquietandi*.

VI. En cuanto al precepto del cumplimiento pascual, declaramos que en la República es legítima costumbre poder hacerlo en cualquiera de las Iglesias ú Oratorios públicos, desde el Miércoles de ceniza hasta la festividad del Sagrado Corazón de Jesus inclusive.

VII. Por privilegio concedido por la Santa Sede queda dispensado el ayuno de Adviento siempre que caiga la fiesta de la Inmaculada en un viernes ó sábado de Adviento.

VIII. También por privilegio de la Santa Sede, en virtud de la escasez de

confesores, todas las personas que acostumbra confesarse cada semana ó cada quince días podrán ganar todas las indulgencias lucrables en ese intervalo de tiempo sin necesidad de confesarse *toties quoties*, aunque así lo exija la indulgencia, con tal que se encuentre en estado de gracia.

Respecto al *Mandato*.

I. Ordenamos bajo la más seria responsabilidad que procuren los señores Curas, por sí ó por otros predicar la santa Cuaresma de la manera mas completa que les sea posible, como igualmente anunciar la palabra de Dios en todos los Domingos del año, y al menos una vez por semana explicar la doctrina cristiana á los niños y niñas.

II. Recordamos que en virtud de disposiciones anteriores se deben practicar las siguientes *colectas* en todas las Iglesias y Capillas públicas de la Diócesis:

- 1.) POR LA REDENCIÓN DE CAUTIVOS Y ESCLAVOS—El día 6 de Enero, Epifania.
- 2.) POR LA ASOCIACIÓN LEÓN XIII—En los días: primero de Enero, y en los primeros ó segundos Domingos de Marzo Julio y Octubre.
- 3.) POR LOS SANTOS LUGARES—En los domingos de Ramos y de Pascua de Resurrección.
- 4.) POR LA SANTA INFANCIA—En la festividad de la Ascención del Señor.

R2
S